

Solange Camauër

Borges refiere explícitamente a Nietzsche en diversos tonos interpretativos: humor, filosofía, ironía despectiva, política:

– Dice que Funes el memorioso es “...un precursor de los superhombres; un Zarathustra cimarrón y vernáculo”<sup>1</sup>

– Intenta refutar la doctrina del eterno retorno<sup>2</sup>.

– Menosprecia la originalidad de Nietzsche: “Lo innegable es que Nietzsche, para comunicar al siglo de Darwin su conjetura evolucionista del Superhombre, lo hizo en un libro carcomido, que es una desairada parodia de todos los *Sacred books of the East*”<sup>3</sup>.

– Hace diversos comentarios, en distintos textos, sobre la influencia que pudo haber tenido Nietzsche en el movimiento nazi<sup>4</sup>.

A pesar de las agudas y variables referencias que realiza en torno al pensamiento de Nietzsche, Borges concentró su interpretación especialmente en dos temas: el del Superhombre y la doctrina del eterno retorno sin prestar atención concreta a otras temáticas nietzscheanas, por ejemplo, la de la subjetividad.

Ahora bien, la forma múltiple en la que Borges se presenta en su obra, la forma plural y ensayística con la que alude a su “yo” parece hacerlo un discípulo del Nietzsche que escribe<sup>5</sup>: “Lo que más fundamentalmente me

1. J. L. Borges, “Funes el memorioso”, *Ficciones, Obras Completas*, Buenos Aires, EMECÉ, 1974, p. 485.

2. Para consultar este tema, ver especialmente: “La doctrina de los ciclos” y “El tiempo circular”, *Historia de la Eternidad, Obras Completas, op. cit.*, pp. 353 y 393.

3. “Notas”, *Discusión, Obras Completas, op. cit.*, p. 277.

4. Para seguir la evolución del pensamiento borgeano respecto de la influencia de Nietzsche en el movimiento nazi debe consultarse el artículo de P. Fleisner: “Borges, Lector Monstruoso. Nietzsche y Borges, una vez más” en *Instantes y Azares. Escrituras Nietzscheanas*, Buenos Aires, Año 2, Nº 2, Primavera de 2002, p. 181.

5. Se precisará, en lo que sigue de este ensayo, el grado de asimilación que las “enseñanzas” de Nietzsche, en torno a la cuestión de la subjetividad, han tenido en Borges. Esto implica detallar, la extensión pero también el límite, de la recepción que la filosofía de Nietzsche ha tenido en Borges.

separa de los metafísicos es esto: no les concedo que sea el “yo” (*Ich*) el que piensa. Tomo más bien al yo mismo como una *construcción del pensar*, construcción del mismo rango que “materia, “cosa”, “sustancia, “individuo”, “finalidad”, “número”: sólo como *ficción reguladora (regulative Fiktion)* gracias a la cual se introduce y se imagina una especie de constancia, y por tanto de “cognoscibilidad” en un mundo del devenir. (...) El hecho de que ahora esta ficción sea habitual e indispensable, no prueba en modo alguno que no sea algo imaginado: algo puede ser condición para la vida y *sin embargo falso*<sup>6</sup>.

La mejor biografía de Borges puede leerse en la obra literaria de Borges. Al examinar el conjunto de relatos que constituyen *El Libro de Arena*, Borges anota en el Epílogo: “En su decurso he entretejido, según es mi hábito, rasgos biográficos”<sup>7</sup>. Esta afirmación se extiende a toda su producción literaria ya que Borges se “entreteje” continuamente en ella pero, ¿de qué forma se entreteje y por qué esa trama lo convierte en un discípulo, al menos virtual, de la enseñanzas nietzscheanas respecto de la subjetividad?

Borges no sólo tematiza la cuestión del sujeto<sup>8</sup> sino que se presenta, en primera persona, como objeto de reflexión, variación o burla en los tres géneros que cultiva: el cuento, el ensayo, la poesía. Los ejemplos se multiplican: en los poemas “Soy”<sup>9</sup>, “Yo”<sup>10</sup>, “Los Borges”<sup>11</sup> y otros tantos, el autor le canta a su propio trayecto laberíntico, al que se sabe nadie, al cuerpo desconocido, a su dispersión, al que se descubre en los libros o en ciertos antepasados que parecen más bien una invención mítica; Borges es también el protagonista explícito e implícito de muchos cuentos (“El Aleph”<sup>12</sup>, “El Zahir”<sup>13</sup>, “Ulrica”<sup>14</sup>); Borges se ríe de sí mismo en el Epílogo del

6. El fragmento póstumo NF 1885,35 (35). KSA 11, p. 526 fue traducido por M. B. Cragnolini para el Seminario: “La constitución de la subjetividad en Nietzsche. Metáforas de la identidad” (ficha de cátedra, 1999) que trabajó sobre el texto: Nietzsche, F., *Sämtliche Werke. Kritische Studienausgabe in 15 Bänden*, Hrg. Von Giorgio Colli und Mazzino Montinari, München, Berlin/New York. Deutscher Taschenbuch Verlag und Walter de Gruyter, 1980.

7. J. L. Borges, “Epílogo”, *El libro de Arena*, *Obras Completas* vol. III, Buenos Aires, EMECÉ, 1989, p. 72.

8. Por ejemplo en el ensayo “Nota sobre (hacia) Bernard Shaw” (*Otras Inquisiciones, Obras Completas, op. cit.*, p.749), Borges escribe: “[...] las filosofías de Heidegger y Jaspers hacen de cada uno de nosotros el interesante interlocutor de un diálogo secreto y continuo con la nada o con la divinidad; estas disciplinas, que formalmente pueden ser admirables, fomentan esa ilusión del yo que el Vedanta reprueba como error capital. Suelen jugar a la desesperación y a la angustia, pero en el fondo halagan la vanidad; son, en tal sentido, inmorales”. En este caso, y en otros del mismo tenor, Borges vierte reflexiones generales, de tipo filosófico, sin emplear explícitamente la primera persona, veremos otros ejemplos en los que las ideas acerca del “yo”, revierten, directamente, en “su” yo.

9. J. L. Borges, “Soy”, *La Rosa profunda, Obras Completas* vol. III, *op. cit.*, p.79.

10. “Yo”, *Ibidem*, p. 89.

11. “Los Borges”, *El hacedor, Obras Completas, op. cit.*, p. 831.

12. “El Aleph”, *El Aleph, Obras Completas, op. cit.*, p. 617.

13. “El Zahir”, *Ibidem*, p. 589.

14. “Ulrica”, *El libro de Arena*, *Obras Completas* vol. III, *op. cit.*, p. 17

tercer volumen de las *Obras Completas* al inventar una nota para una futura enciclopedia: "Borges, José (sic) Francisco, Isidoro Luis: Autor y autodidacta..."<sup>15</sup>; un volumen entero, realizado con María Kodama, exhibe los gustos personales de los autores en cuestiones literarias<sup>16</sup>. Las referencias al yo son heterogéneas, numerosas y variadas en cuanto al género, el estilo y el tono que se emplea pero esas formas no buscan introducir, subrepticamente, los datos de un autor envanecido que busca fijar una figura, por el contrario, esa multiplicidad, señala que el "yo" es una "construcción del pensar" que, ocasionalmente, hace uso de la primera persona, con el fin de disolver la sustancia del yo y, en el caso de Borges, provocar escritura.

En "La nadería de la personalidad", Borges escribe: "Nadie, meditando, aceptará que en la conjetural y nunca realizada ni realizable suma de diferentes situaciones de ánimo, pueda estribar el yo. Lo que no se lleva a cabo no existe, y el eslabonamiento de los hechos en sucesión temporal no los refiere a un orden absoluto"<sup>17</sup>. La cita podría integrar el conjunto de ideas y fragmentos que Nietzsche destina a la ilusión del yo. Borges asimiló, en cierto grado, la enseñanza nietzscheana en torno a la subjetividad: su obra, en la que el yo se disemina poética, humorística y reflexivamente es una de esas "ficciones regulativas" que el filósofo Nietzsche describe no sólo con el propósito de crear condiciones "humanas" para la existencia sino para que el ensayo, la multiplicación, la risa y el desaferramiento resulten ser requisitos indispensables de una escritura que no registra hechos sino interpretaciones o, si se quiere, y en términos de "subjetividad", es la exégesis del tránsito hacia la irrealización.

Ahora bien, podríamos preguntarnos en qué consiste esa irrealización, en qué consiste la experiencia de una polaridad en la que, por un lado, precisamente la escritura –omnívora, tal vez–, consume un "yo" para poder desencadenarse.

Una vez más, una frase de Nietzsche orienta la lectura de, al menos, dos textos Borgeanos. Cuando Nietzsche escribe: "Una cosa soy yo, otra cosa son mis escritos"<sup>18</sup>, preanuncia las temáticas de los textos "Borges y yo"<sup>19</sup> y "El centinela"<sup>20</sup> en tanto en ellos se advierte la tensión "escritura-yo". "Hace años yo traté de liberarme de él y pasé de las mitologías del arrabal a los juegos con el tiempo y con el infinito, pero esos juegos son de Borges ahora y tendré que idear otras cosas. Así mi vida es una fuga y todo lo pierdo y todo es del olvido, o del otro. No sé cuál de los dos escribe esta página", escribe Borges en "Borges y yo" y en el poema "El centinela":

15. "Epílogo", *Ibidem*, p. 505

16. *Biblioteca Personal*, Madrid, Alianza Editorial, 1998.

17. "La nadería de la personalidad", *Inquisiciones*, Buenos Aires, Seix Barral, 1994, p. 95

18. F. Nietzsche, *Ecce homo*, trad. A. Sánchez Pascual, Madrid, Alianza, 2000, p. 63.

19. J. L. Borges, "Borges y yo", *El Hacedor, Obras Completas, op. cit.*, p. 808.

20. "El centinela", *El oro de los tigres, Obras Completas, op. cit.*, p. 1114.

“Me acecha en los espejos, en la caoba, en los cristales de las tiendas. / Una u otra mujer lo ha rechazado y debo compartir su congoja. / Me dicta ahora este poema, que no me gusta / (...) Minuciosamente lo odio...”.

Borges parece también un discípulo de Nietzsche en tanto observa de cerca la disipación de sí que se realiza en la escritura. No habría que interpretar que, mediante la escritura, se disuelve un “yo” entendido como una suerte de a priori unitario, homogéneo que se fragmentaría en las tramas, los personajes, las palabras sino, por el contrario, que el yo corrobora su multiplicidad y dispersión en la escritura. Pero, tanto Nietzsche como Borges, hablan de un “yo” diferente al de sus escritos, quizás de un resto secreto, una densidad compuesta de las palabras que aun no han sido pronunciadas. Ellos parecen resguardar, centinelas, un remanente que toma el nombre de la primera persona –yo–, pero que no es otra cosa que potencia de decir. En el caso de Nietzsche, ese resto es disgregación constante e irrupción de lo desconocido (“Jerarquía de las facultades; distancia; el arte de separar sin enemistar; no mezclar nada, no “conciliar” nada; una multiplicidad enorme, que es, sin embargo, lo contrario del caos –esta fue la condición previa, el trabajo y el arte prolongados y secretos de mi instinto. Su *alto patronato* se mostró tan fuerte que yo en ningún caso he barruntado siquiera lo que en mí crece –y así todas mis fuerzas *aparecieron* un día súbitas, maduras, en su perfección última”<sup>21</sup>) mientras que en Borges, ese resto adquiere el leve y versátil espesor del carácter y del hábito<sup>22</sup> (“Me gustan los relojes de arena, los mapas, la tipografía del siglo XVIII, las etimologías, el sabor del café y la prosa de Stevenson; el otro comparte esas preferencias, pero de un modo vanidoso que las convierte en los atributos de un actor”<sup>23</sup>). Con esta última diferencia señalada, Borges, a pesar de la plural exposición del yo en su obra, parece desviar, en parte, las enseñanzas nietzscheanas hacia una cierta estabilidad subjetiva dada por los hábitos, hábitos de escritura, de sabores, de lecturas que son, más bien, hábitos del cuerpo; casuística del cuerpo quizás como una medida de las fuerzas que retornan.

21. F. Nietzsche, *Ecce Homo*, trad: A. Sánchez Pascual, Madrid, Alianza, 2000, p. 58.

22. Para explicar la adherencia de Borges a cierta “regularidad” subjetiva me valgo de la teoría que Paul Ricoeur expone, principalmente, en *Sí mismo como otro* (trad: M.C. Alas de Tolivar, Madrid, Siglo XXI, 1996) allí, el filósofo plantea el dilema de la identidad entre los polos dialécticos de la mismidad (*idem*) y del sí mismo (*ipse*). La noción de identidad como mismidad es un concepto de relación que garantiza cierta permanencia de la identidad e incluye al carácter en tanto conjunto de rasgos que permite identificar a un individuo como el mismo (*idem*), el carácter es un conjunto de hábitos o disposiciones y un conjunto de identificaciones con valores, normas, héroes etc. que confiere estabilidad y asegura cierta permanencia aunque se debe tener en cuenta que el carácter tiene una historia y que podemos hablar del carácter como un proceso de sedimentación –innovación de costumbres e identificaciones–. Por eso el polo *idem* de la relación dialéctica que constituye la identidad no remite a la noción de identidad fuerte o substancialista. Ricoeur completa su teoría de la identidad con el concepto de “identidad narrativa” que implica variación y permanencia.

23. J. L. Borges, “Borges y yo” en *El Hacedor*, Obras Completas, *op. cit.*, p. 808